

Cirugía y Cirujanos

Volumen 73
Volume 73

Número 3
Number 3

Mayo-Junio 2005
May-June 2005

Artículo:

De las danzas de la muerte al día de muertos. De la tanatofobia a la tanatofilia

Derechos reservados, Copyright © 2005:
Academia Mexicana de Cirugía

Otras secciones de este sitio:

- ☞ Índice de este número
- ☞ Más revistas
- ☞ Búsqueda

Others sections in this web site:

- ☞ *Contents of this number*
- ☞ *More journals*
- ☞ *Search*



Medigraphic.com

De las danzas de la muerte al día de muertos. De la tanatofobia a la tanatofilia

*Acad. Dr. Alberto Rangel-Abundis**

El texto presente es el resumen de una charla que sirviera de introducción para un curso sobre tanatología impartido en el hospital. Para ello se me sugirió procurar un relato sobre las costumbres funerarias y los ritos realizados a los difuntos de ciertas comunidades de México. Me pareció de mayor interés resaltar las diferencias entre las llamadas culturas occidental y mesoamericana respecto a la apreciación de la muerte.

Los sentimientos y reflexiones con que el ser humano confronta el suceso de la muerte pueden ser considerados desde tres puntos de vista. En primer lugar, el del individuo que reflexiona sobre su futura y propia muerte, cercana o lejana; en segundo lugar, el de quien recuerda a sus deudos o amigos desaparecidos; por último, el de aquellos inmersos en una prolongada agonía. Este último es el caso de los enfermos terminales, su familia, amigos y las enfermeras o médicos que atienden su escasa salud.

En todas latitudes y épocas, los sentimientos de los seres humanos ante la perspectiva de la muerte son muy parecidos: miedo, temor y espanto ante el insondable arcano de la muerte; pero no para los jóvenes, quienes miran la muerte como algo lejano, lo cual ilustra Jorge Luis Borges en el poema *Alguien*:¹

(las pruebas de la muerte son estadísticas
y nadie hay que no corra el albur
de ser el primer inmortal)

Sin embargo, en la edad avanza ya no se corren esos albores. El mismo Borges, en su poema *Límites*,¹ dicta palabras inspiradas por la edad proyecta y en tono de lamento dice:

Hay una línea de Verlaine que no volveré a recordar,
hay una calle próxima vedada a mis pasos,
hay un espejo que me ha visto por última vez,
hay una puerta que he cerrado hasta el fin del mundo.
entre los libros de mi biblioteca (estoy viéndolos)
hay alguno que ya nunca abriré.
este verano cumpliré cincuenta años;
La muerte me desgasta, incesante.

Solicitud de sobretiros:

Acad. Dr. Alberto Rangel-Abundis,
Servicio de Hemodinamia, Hospital de Especialidades, Centro Médico
Nacional La Raza, IMSS. Seris y Zaachila s/n, Col. La Raza, 02990
México, D. F. E-mail: rangel_albertomx@yahoo.com.mx

Recibido para publicación: 13-09-2004

Aceptado para publicación: 21-09-2004

Francisco de Quevedo y Villegas escribe:²

¡Cómo entre mis manos te resbalas!
¡Oh, cómo te deslizas, edad mía!
¡Qué mudos pasos traes, oh, muerte fría!
¡Pues con callado pie todo lo igualas!

Puesto que la muerte se inicia con la vida, el poeta dice:

Antes que sepa andar, el pie se mueve
camino de la muerte,
.....

En el hoy, y mañana, y ayer, junto
pañales y mortaja,
.....

¡Fue sueño ayer, mañana será tierra;
poco antes nada, y poco después humo

En el mundo indígena de Mesoamérica prehispánica también se refiere el desgaste y la brevedad de la vida:³

Hasta las piedras finas se resquebrajan,
hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran.
¿Acaso siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!

La reflexión se vuelve acción ante la muerte próxima que sobreviene a causa de los desastres, la guerra o las enfermedades. En estas circunstancias, el ser humano reacciona irracionalmente, hundiéndose en el quietismo e indiferencia o en la desesperación; en el misticismo o el arrebato. En la Edad Media, a causa de la peste que severamente diezmó la población, las sociedades humanas tomaron por organizar peregrinaciones de flagelantes que imploraban clemencia a la divinidad, arrepintiéndose de sus pecados; o bien, para enfrentarse al desastre, pobres y ricos llevaban una vida licenciosa.

Como documento literario de estos hechos han pervivido las danzas de la muerte: "estas danzas originarias del norte de Europa, eran piezas en que la muerte invita a danzar en su coro al Papa y al emperador, al cardenal y al rey, al patriarca y al duque y así sucesivamente a todos los estados eclesiásticos y civiles".⁴

Se trataba, dice Méndez y Pelayo, de:⁴

....visiones macabras, fantásticas rondas de espectros, humorismo de calaveras y cementerios, expresadas en composiciones artísticas, no sólo escritas, sino representadas en la danza, pintura, escultura y grabado sobre misales y libros de horas, vidrieras.... Danzas como de epilépticos y convulsionarios, que con lúgubre y tremenda algaraza interrumpían el silencio de la noche y la medrosa paz de los cementerios. (Modificado de Méndez y Pelayo, Op. cit. Julio Torri).

La preocupación de la muerte impera, en efecto, en la poesía y arte europeos no sólo del siglo XIV sino también del XV,

lo mismo en Villón y Gerson, en Francia, que en las celebradas coplas de Jorge Manrique. Cabe aquí recordar también el decir de Sánchez Calavera, de un crudo realismo:⁴

Todos aquestos que aquí son nombrados,
los unos son fechos cenisa e nada
los otros son huesos la carne quitada
e son derramados por los fonsados;
los otros están ya descoyuntados
cabeças syn cuerpos, syn pies e syn manos;
los otros comiençan comer los gusanos,
los otros acaban de ser enterrados.

Pasemos al caso de quienes rememoran a sus muertos: amigos o deudos desaparecidos. Comenzaremos diciendo que los primeros indicios arqueológicos de sepulturas rituales, deliberadas y quizá reverenciales, han sido encontradas en los territorios que ocuparon los homínidos neandertales, hace 60 mil años, en la época que enlaza al Neandertal con el hombre actual: entierros de individuos yaciendo, en posición fetal, sobre su costado y la cabeza apoyada en el brazo, como si durmieran; yaciendo sobre un montón de nódulos de sílex que les servían de colchón y al lado, un hacha. En otro entierro se encontraron granos de polen de flores azules, blancas, amarillas, la mayoría con propiedades curativas, como las ilustradas en la figura 1, sirviendo de lecho mortuorio.⁵

Mucho debió inquietar la inmovilidad de los muertos a nuestros ancestros de la era glacial, de la misma manera que a Nervo⁶ en la nuestra:

¡CÓMO CALLAN LOS MUERTOS!

¡Qué despiadados son
en su callar los muertos!
Con razón
todo mutismo trágico y glacial,
todo silencio sin apelación
se llama: un silencio sepulcral.



1. Milenrama. *Achillea millefolium*
2. Aciano. *Acinos arvensis*
3. Hierba cana. *Senecio jacobaea*
4. Malva. *Malva sylvestris*

Figura 1. Flores silvestres cuyo polen, de flores adultas, fue encontrado en un entierro en las cuevas de Shanidar, de las montañas de Zagros, Irak.

Si bien es cierto que las reflexiones sobre la muerte y sobre el más allá (el cielo de los europeos o el *tlalocan* de los mesoamericanos) son universales, también lo es que existen diferencias étnicas, geográficas e históricas respecto al culto de los muertos. Lo que nos interesa ahora es destacar las diferencias entre el culto y la percepción de la muerte entre las culturas europea y la heredada de los antiguos mexicanos.

Antes es necesaria una advertencia: la nombrada “cultura occidental” es reconocida como tal desde los griegos hasta nosotros. A lo largo de la historia poco han variado los conceptos primigenios vertidos siglos antes de nuestra era. De manera que en los países herederos de esa cultura, poca diversidad existe en la apreciación sobre la vida y la muerte. Por otro lado, las culturas americanas nacieron y se desarrollaron aisladas del mundo conocido antes de 1492; muchos conceptos de estas culturas, sino antagónicos, difieren de los de la llamada occidental.

En nuestro mundo, en la América de nuestros días, gran parte de la población posee una forma de pensamiento occidental. Conceptos sobre estética, ética y percepciones sobre la vida y muerte son similares a los imperantes en Europa desde los romanos y griegos. El concepto de belleza es más o menos homogéneo y ha permanecido casi invariable, tanto que es posible entender y gustar de las obras creadas bajo cánones aceptados, así como de las obras contrarias a los conceptos establecidos; de ahí la admiración por el arte clásico o el abstracto.

A muchos de los pobladores de América, por estar bajo la educación de la cultura occidental, nos es difícil entender e introducirnos en las culturas prehispánicas de América. Nos es difícil comprender las religiones y estética prehispánicas, y cuando echamos una mirada al arte mesoamericano gustamos más de aquellas obras plásticas que se parecen al arte greco-latino, como la del luchador olmeca (figura 2), que aquellas cuyo grado de abstracción nos pone en un predicamento de apreciación o interpretación, aunque el arte abstracto no nació en los albores del siglo XX sino hace 30 mil años con la pintura rupestre.

Volviendo al tema de la muerte, es incomprensible el fenómeno de la muerte para el ser humano y la única forma de sublevarnos ante lo ineludible es imaginando la reencarnación o una morada *post mortem*. Mayormente incomprensible resulta entender la concepción de la muerte de sociedades distantes en la geografía y remotas en el tiempo, como la de los nahuas antiguos. Como fue mencionado en líneas anteriores, las culturas mesoamericanas se desarrollaron aisladas y a la llegada de los europeos cambiaron muchas cosas: estilos de vida, creencias, hábitos, cultura, etc., y otras pervivieron, como el culto de los muertos, que, con el sincretismo religioso, dio como resultado un ceremonial mitad pagano y mitad cristiano, modificado por los embates de la modernidad y la transculturación, que, sin embargo, ha logrado mantener su carácter ceremonial, reflejo de la cosmovisión de un pueblo.



Figura 2. El luchador. Preclásico medio de la cultura Olmeca. Basalto de Antonio Plaza, Veracruz.



Figura 3. Vaso de arcilla con el dios de la muerte. Ofrenda encontrada en la tumba 2 de Zaachila, Oaxaca.

En el mundo náhuatl, el *Mictlán*, situado en las profundidades de la tierra, era el lugar de los muertos. El *Ichán Tonatiuh*, la morada del sol, para los caídos en combate, las mujeres muertas en el primer parto y los comerciantes que perecían durante sus expediciones. El *Tlalocan*, paraíso de la vegetación, para los ahogados o muertos por el rayo. Finalmente, el *Chichihauclauhco*, lugar del árbol nodriza, para los lactantes muertos. Había otros dioses que llevaban al otro mundo a sus

eleidos; *Ometoxtli* (dos conejo), principal dios del pulque, reinaba en el paraíso de los borrachos.⁷

La muerte (*miquiztli*) para los mesoamericanos era más que el nombre de un día entre los 20 de la semana. Era el señor de la muerte (*Mitlantecutli*), señor del inframundo y señor sostén del cielo, e igualmente confrontado con la vida, significaba lo opuesto: la extinción.⁸

La imagen de la muerte está representada en objetos de culto (figura 3) y objetos cotidianos. Hasta nuestros días ha sobrevivido dicha representación en objetos festivos y lúdicos (figura 4). Si bien los dioses mesoamericanos fueron remplazados poco a poco después de la llegada de los europeos, pervivió la imagen de la muerte como culto, para recordar a los desaparecidos.

A propósito de desaparecidos, el altar de muertos para este culto es adornado con flores, principalmente flores de muerto, llamadas *cempasúchil*. El diccionario *Náhuatl* de Rémy Siménon de 1885, define *cempoalxochitl* (*Caryophyllus mexicanus*) como *cempoalli*, 20, 400 o muchas, y *xochitl*, flores. Tengo mis dudas de que esto sea así. Dos vocablos adelante, en el diccionario aparece el término *cempoaliuhqui* o *cempolini*, aquel que perece o lo que desaparece para siempre. Yo tengo para mí que la flor de muertos, en náhuatl, quería decir la flor del desaparecido.⁹

El culto a los muertos ha existido y existe en todas las culturas y es tan antiguo como la humanidad misma. En México, dicho culto es una mezcla de las creencias prehispánicas con las traídas por los conquistadores. En la península ibérica del siglo XVI, en el día de todos los santos se preparaba una comida en recuerdo de los difuntos, se repartía “pan de muerto” entre los pobres y se daba “pan de las ánimas” el día de los fieles difuntos; en las casas se dejaban las camas vacías



Figura 4. Juguete de barro para el día de muertos. Puebla. En Juguetes Mexicanos. Carlos Espejel. SEP/FONAPAS; 1981.



Figura 5. Cihuateteo. Cerámica de la cultura del centro de Veracruz. Clásico. El Zapotal, Veracruz. Figura de arcilla.

para que las ánimas descansaran en su propia cama ese día, se encendían velas y lámparas para guiarlas y recipientes con agua para calmar su sed.⁷

En las zonas rurales del México actual, el rasgo más importante del culto a los muertos es la ofrenda, construida sobre la creencia de que los muertos regresan a disfrutar de los aromas y sabores que sus parientes les ofrecen. El día 28 de octubre es dedicado a los fallecidos por violencia; si se conoce el sitio del percance, ahí se llevan flores y se encienden velas. El 30 de octubre se celebran los niños que murieron sin bautizo, los “limbitos”. El 31 de octubre, con flores blancas, juguetes, panecitos, dulces y encendiendo copal en un incensario azul o rosa, son celebrados los “chiquitos” o “angelitos”.⁷

De las ofrendas del día de muertos, que todos los mexicanos bien conocemos, vale la pena nombrar aquellos objetos representados en la iconografía prehispánica. El papel picado, ahora papel de china y antes de *amate*, era usado por los antiguos mexicanos para adornos de dioses y sacerdotes. La imagen del dios de la muerte o sus sacerdotes aparece recurrentemente con una especie de abanico de papel adornando la pelvis o el cráneo del dios. El papel de *amate* ha sobrevivido hasta nuestros días: artesanos de Guerrero pintan sobre él cuadros muy expresivos y en San Pablito Pahuatlán, Puebla, es usado para hacer recortes de figuras mágicas o mágico-religiosas. Incensarios o “copaleras”, vasos con pulque (*octli*) o chocolate (*xocoatl*, agua amarga), atadillos de leña (*ócotl*), cestas (*chiquihuites*) con mazorcas de maíz (*centli*), todos elementos sobrevivientes del México antiguo.

En nuestros días, hay zonas rurales donde plañideras de oficio acuden a las ceremonias a ejercer su trabajo, como aquellas *ciuateteo* (*cihua*, mujer y *teteo*, diosa) que lloraban a la mujer muerta durante su primer parto y por ello considerada como heroína (figura 5). De ahí el origen de la llorona.

En las zonas urbanas de México, en vísperas del día de muertos, las vitrinas de las panaderías son decoradas, de manera chocarrera, con temas alusivos a la muerte y se ofrece a la venta el pan de muerto (¿reminiscencia del “pan de las ánimas” del medioevo ibérico?) En esos días de luto, en tiendas y mercados se ponen a la venta calaveritas de azúcar con un nombre cristiano en la frente, esqueletos que se yerguen de su ataúd al jalar un cordoncito, figuras chuscas de la muerte hechas de latón, cerámica, alfeñique o mazapán; en periódicos y hojas sueltas aparecen epitafios en verso, sobre individuos, sin respetar rango social, vivos o muertos. Estos epitafios son las famosas “calaveritas” popularizadas por José Guadalupe Posada a principios de siglo pasado. Estas calaveras pueden ser vestigios de las danzas de la muerte. Sólo que esas danzas eran macabras y en los versos de las calaveras todo es jolgorio. No contento con esta parafernalia de humor negro, el pueblo nombra a la muerte con mil y un eufemismos: la tilica, la pelona, la flaca, etc.; y al morirse, renombra: estirar la pata, colgar los tenis, etc. Año con año, en fecha coincidente o cercana al día de muertos, se representa, en serio o en broma, la obra teatral *Don Juan Tenorio*, de José Zorrilla.

El supuesto desprecio del mexicano por la muerte se matiza con el culto que le profesa. Desprecio no compartido por los europeos. En el sur de Francia, en Arles, hay una edificación medieval cuyo patio central está limitado por pasillos techados y sosteniendo los techos, columnas cuyos capiteles están adornados con calaveras cruzadas por huesos. En las guías de turistas califican estos adornos de macabros. ¿Cómo calificarían las manifestaciones y ritos con los que el mexicano “honra” a la muerte?

Cierto es que muchos mexicanos percibimos la muerte a la manera de los europeos; pero muchos otros, tal vez muchísimos más, perciben la muerte con conceptos forjados desde el pasado indígena y modificados por las costumbres importantes durante el virreinato. Los europeos no entienden la actitud chocarrera del mexicano para con la muerte. Cierto que ellos guardan memoria de las danzas de la muerte e incluso la recrean a partir de ese recuerdo. Así, la danza de la muerte, tal cual fuera concebida por los mismos actores o espectadores de esas danzas, sirvió de inspiración para la escena final de la película *El séptimo sello*, de Ingmar Bergman. Cuando un extranjero llega a conocer el ámbito cultural de México, le asombra la manera como el mexicano se burla de la muerte y las numerosas manifestaciones que hace sobre la parca, al grado de hacerlo notar en sus películas, como el cineasta Sergei Eisenstein en el filme *¡Que Viva México!*, donde el

director no ceja en su empeño por mostrar toda esa parafernalia con que el mexicano alude a la muerte. Lo mismo le sucede a escritores europeos que consideran que nuestro país es el más, sino el único, surrealista del mundo. Esta forma de percibir la muerte hay que tomarla en cuenta, sobre todo por el personal de salud que atiende al enfermo en fase terminal y a su familia.

Así, llegamos a la tercera condición de considerar a la muerte: la de los individuos inmersos en una prolongada agonía; la del enfermo en fase terminal y la de sus familiares que esperan ese desenlace, muchas veces, más que temido, deseado:

si agradable descanso, paz serena,
la muerte en traje de color envía,
señas de su desdén de cortesía,
más tiene de caricia que de pena.²

Aquí tenemos que dejar la palabra al personal de salud entrenado para atender estos fatales casos, quien podrá recomendar conductas dirigidas, si no a curar, a consolar cuando menos. No sólo eso, sino a establecer medidas higiénicas y médicas que hagan esos momentos pasables y confortables o al menos llevaderos.

Referencias

1. Borges JL. Obras Completas, 1923-1972. Buenos Aires: EMECÉ; 1974. pp. 848,926.
2. Quevedo y Villegas F de. Sonetos fúnebres. En: Obras Completas. Tomo II. Obras en verso. Madrid, España: Editorial Aguilar; 1960. pp. 66-81.
3. Garibay AM. Poemas breves. En: Poesía indígena de la altiplanicie. 2^a edición. México: Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM; 1952. pp. 163-176.
4. Torri J. La danza de la muerte. En: La literatura española. 3^a edición. México: FCE; 1952. pp. 74-75.
5. Leakey RE. Entierros rituales. En: Richard E Leakey. La Formación de la humanidad. Vol II. Biblioteca de Educación Científica, Muy Interesante. Barcelona, España: Ediciones Orbis, 1986. pp. 46-50.
6. Nervo A. La amada inmóvil, Colección Austral. 12^a. Edición. Buenos Aires-México: Espasa Calpe Argentina; 1950. pp. 1-168.
7. Scheffler L. Ofrendas y calaveras. La celebración de los días de muertos en el México antiguo. En: Arqueología Mexicana; 1999;7:59-61.
8. Seler E. Comentarios al Códice Borgia. 1^a. edición. Vol. I, II y III. FCE. México, D.F. Códice con 39 láminas. Comentarios, Vol. I, pp, 1-265 y Vol. II, pp. 1-280.
9. Siméon R. Diccionario de la lengua náhuatl o mexicana. 7^a. edición en español. México: Siglo XXI. América Nuestra; pp. I-XCVI, 1-83.